

Semejantes méritos y características se aprecian en las biografías de quienes se conjeturó que dirigirían a los priistas en el Colegio Electoral primero y en las actuaciones de la LII Legislatura después. Don Humberto Lugo Gil, don José Luis Lamadrid, don Mario Vargas Saldaña son políticos profesionales muy duchos en sus menesteres. Lamadrid es, de los tres, el que se desplaza con mayor facilidad y rigor por las sendas teóricas, sin perjuicio de que el hacer práctico no le vaya mal. Ha sido, de los tres, el que mayor rango jerárquico alcanzó, pues fue subsecretario de Gobernación. Vargas Saldaña, a su turno, ha transitado por todos los caminos políticos posibles, desde la alcaldía portefaña hasta —quizá— el mayor número de delegaciones priistas que político alguno haya ocupado y ejercido. Su arraigo local sobrepasa al de sus compañeros. Lugo Gil, en fin, aventaja a los otros en que fue ya senador (además de haber sido como ellos, antes, diputado), porque dirige una de las centrales en que reposa el partido. Pero sobre todo, porque es amigo del candidato triunfante a la Presidencia.

No exageramos al afirmar que este último rasgo ha sido el que definió la suerte de los tres políticos mencionados. Aclaremos lo obvio: las líneas anteriores enseñan que Lugo Gil no recibió, gratis, el regalo de dirigir los trabajos diputadiles. Es un político de carrera, más silencioso de lo que los estridentes desearan, más prudente de lo que quisieran los partida-

rios de la audacia política, demasiado parecido a aquel Martin Van Beuren, que encarna la cautela en la historia política estadounidense. Todo ello, pues, pero no falta de experiencia ni de aptitudes.

(Expliquemos, antes de seguir, lo de Van Beuren. Presidente de Estados Unidos en los treinta del siglo pasado, dice de él Gore Vidal, en su prodigiosa novela *Burr*, que asombraba a todos por su capacidad para no comprometerse jamás, para no afirmar o negar nunca nada, de modo categórico. A tal punto llegaba la fama de sus precauciones extremas, que dos senadores apostaron una suma considerable de dinero a que uno era capaz de romper ese rasgo del carácter presidencial y arrancarle una aseveración inequívoca. Concertada la apuesta, acercáronse a Van Beuren y el atrevido le preguntó: "¿Verdad, Presidente, que el sol sale por el oriente? Reposado, repuso el hijo natural del coronel Aaron Burr: "Eso he oído decir; pero jamás me levanto temprano y no he podido verificarlo por mí mismo").

El caso, sin embargo, es que Lugo Gil ha sido nombrado como si el Congreso fuese una dependencia del Ejecutivo, como si el gabinete empezara ya a formarse. No es que ello nos

escandalice. La pesada tradición presidencialista en México —cada vez más lejano nuestro sistema del parlamentarismo que por lo demás no dejó experiencias aprovechables cuando actuó exacerbado entre nosotros—, ha determinado que el Congreso pierda de manera paulatina, pero segura sus facultades de cogobierno. Pero sí nos escandaliza que el hecho se haya vuelto *natural*, y porque nos conduce a preguntarnos si las actuales circunstancias no harían aconsejable una revisión a fondo de las prácticas de la autoridad ejecutiva.

A nadie se le oculta la gravedad de la crisis mexicana de hoy. No estamos cerca, como quiere la interesada propaganda estadounidense, ni del fondo ni de la revuelta social. Pero sí parece indudable que la magnitud y la naturaleza de nuestras dificultades de hoy, exceden a cuantas hayamos enfrentado antes, aun cuando estuvo en juego la existencia misma del país. Un hombre solo, como es el Presidente entre nosotros, debe llevar por lo mismo una carga de tal modo pesada que se entiende cuando sus hombros ceden ante fardo tan enorme. Es cierto que cuenta con colaboradores. Pero ordena nuestra tradición que se

plieguen, como regla de observancia virtualmente universal, a las decisiones o indecisiones, las ganas y los antojos de los presidentes, que éstos no están por lo tanto, en aptitud de contrastar verdaderamente sus opiniones con las de otros, que no se avienen a encarar su responsabilidad.

Hace tiempo oí de un secretario de Estado alabar la libertad que el presidente López Portillo confiere a sus colaboradores para expresar sus criterios. Y pensé y dije, sin embargo que es fácil otorgar esa libertad, a sabiendas, aunque ello no se articule ni se manifieste, de que los secretarios dedican buena parte de su atención y su tensión a adivinar lo que el Ejecutivo desea.

Nadie quiere un Presidente prisionero ni de su gabinete ni del Congreso. Al contrario, justamente la dimensión de la crisis a que nos referimos exige una fortaleza en la institución presidencial como nunca la hayamos logrado. Pero un componente de esa vigorización debiera ser la posibilidad de que la opinión del Ejecutivo no se convierta de modo automático en decreto, sino que pueda ser matizada, y aun modificada por opiniones que políticamente valgan como la suya.

Amigo de la infancia de don Miguel de la Madrid, como sus primos los Rojo Lugo y los Lugo Verduzco, Lugo Gil será un colaborador del Ejecutivo, no la cabeza de la principal Cámara del Congreso de la Unión. Que la nación se los demande.

## El Congreso del Presidente

Miguel Angel Granados Chapa